

Todo o nada

El duro golpe que había recibido la capital, al ver el hospital volar por los aires, no se puede comparar con el vacío que siente su protector. Aquella tarde se perdieron cientos de vidas, pero solo una resuena en su cabeza hasta la locura. El archienemigo contra el que tantas noches había luchado, frustrando planes, deteniendo el caos, por fin alcanzó su objetivo. Su cuerpo fue el único al que comprobó las constantes vitales, tendido bajo los escombros. Por el camino, los paramédicos a sus espaldas rescataron a suficientes supervivientes como para agradecerle la egoísta labor. Sin embargo, él sabe que falló, que las señales llevaban semanas a su alrededor y no supo interpretarlas a tiempo. Ese pensamiento carcome su cordura día tras día, agradecimiento tras agradecimiento. Ya casi no se deja ver por las calles y la radio de policía permanece apagada a los pies de su cama. Ni siquiera ha sido capaz de retomar su vida tras la máscara, así como la ciudad todavía recoge los escombros de la bomba. En un intento por sobrevivir, su atención lleva semanas centrada en descubrir la identidad de la tercera persona implicada. Si algo despertó su atención tras la catástrofe fue la ausencia del casco en su enemigo. Siempre lo llevaba consigo para evitar el poder de su compañera, y aquella fatídica tarde quizá tuviese más que ver con ella que con él.

Gracias al archivo de la policía había podido investigar la vivienda del ciudadano que tanto odio guardaba a la sociedad. Se llevó consigo una llave, a juego con otra que encontró en el cadáver. Hallar su cerradura le estaba llevando mucho más tiempo del que había estimado, pero era el único fuego que mantenía su cuerpo en movimiento. Por suerte, no tenía familiares que perturbasen su trabajo ni vecinos a los que rendir cuentas. Su jefe había permitido a los empleados trabajar desde casa, así que la aparente normalidad mantenía la fachada por si sola. Si no hubiese sido por el repartidor de comida a domicilio, y cómo dejó caer las llaves de la motocicleta al entregarle la pizza, puede que todavía siguiese frente al ordenador. Ahora la comida se enfriaba en su apartamento, mientras él, vestido para la ocasión, prueba las llaves en los contenedores abandonados del vertedero. Las máquinas trabajan a su alrededor, transportando y moviendo vigas y ladrillos bajo la luz de los focos anaranjados. Solo un contenedor conserva los candados intactos en su puerta, a plena vista de todos, espera recibir visita.

El interior es casi una reproducción exacta de lo que el héroe se imaginaba. Mesas con restos de la fabricación de explosivos, planos por el suelo, una especie de cama y una caja fuerte sellada con un código. Tenía acceso a cualquier cosa simplemente con dar un paseo, siempre lo tuvo fácil, pero algo le invitó a dar el paso, es lo que piensa revisando la estancia. Después de semanas, el detective tiene suerte al descifrar la combinación numérica. Al fin y al cabo, nuestra fecha de nacimiento es casi tan relevante como la de nuestra muerte, pero la segunda de nada nos sirve para conservar nuestros secretos. El casco protegido del polvo, que todo lo cubre a su alrededor, guarda otra información aún más relevante. Enganchado tiene un recorte de periódico en el que se mencionan los estelares resultados de un colegio. La noticia tiene años, pero la directora que posa orgullosa frente a sus puertas no es otra que su compañera. Extasiado por los descubrimientos, el vigilante abandona corriendo la guarida para volver a su hogar. De camino podría haber avisado a la policía, cumpliendo con su deber autoimpuesto, pero otros pensamientos ocupan su mente hasta llegar frente a la pantalla.

La noche aún no ha concluido cuando la motocicleta le lleva a las afueras de la ciudad. Allí donde todas las casas son iguales, donde los vecinos se espían a través de las cortinas y la luz de las farolas

es el único vestigio de civilización en la madrugada. Detiene el motor frente a la única vivienda con la luz del salón aún encendida. Con el casco de su enemigo sobre la cabeza, recorre el camino hasta la puerta decidido a derribarla, pero al llegar al felpudo, su mente detiene toda función corporal. Ese nombre que lleva horas investigando es mucho más que su enemigo. También es la directora del colegio más prometedor de los barrios bajos, la única que desalojó su edificio para acoger a los afectados tras el derrumbe. Una cara al público altruista que nada tiene que envidiar a sus acciones de protección agresivas. Quizá se haya equivocado, pero después de todo, no puede haber otra explicación a las pruebas recabadas. Moderando sus emociones, prepara el puño para llamar a la puerta, pero sus nudillos no alcanzan a rozar la madera.

Al otro lado del rellano una mujer le devuelve la misma mirada destruida que su espejo del baño y le invita a pasar. Con la botella de vodka en la mano, guía sus pasos hacia el salón, se sirve un nuevo vaso y rellena otro para su acompañante sin mediar palabra. Antes de sentarse, el hombre se percata de lo estúpido de su vestimenta y reemplaza el lugar del vaso con el casco. Claramente siente que solo hay una emoción que quiere controlar la anfitriona y es la única que está fuera de su alcance. Durante un rato no dicen nada, simplemente contemplan el vacío en la mirada del otro. En otras circunstancias los gritos habrían volado entre ellos, pues los puños siempre quedaban reservados para el difunto, pero a ninguno le quedan fuerzas. Cargando con su parte de culpa, por no detenerle a tiempo, por incitarle a acabar con todo. Los deseos egoístas de ambos se volvieron en su contra, acabando con aquello que más les importaba. Sobre la repisa del salón, el héroe reconoce las paredes blancas del hospital en una foto familiar, celebrando una vuelta a casa que no llegó a realizarse. A su lado, una urna conserva lo único que quedó para el recuerdo, polvo y cenizas de odio que asfixian sus pensamientos.

Por la tarde, los vecinos salen al porche cuando los coches de policía acordonan la casa. La motocicleta continúa deteniendo el tráfico en la acera. En el interior, la luz del salón sigue encendida, iluminando el rostro inerte de dos desconocidos. Sus ojos carentes de emociones contrastan con la sonrisa de sus labios. Aún queda líquido en la botella de vodka para analizar su composición, aunque a los investigadores no les haga falta esperar a los resultados. La única incógnita que queda por descubrir es el vínculo que une su descanso y que ambos se llevaron consigo. Los objetos hablan por si mismos, contando una historia que permanecerá enterrada hasta que la ciudad esté lista para conocer toda la verdad de sus héroes.